

se negaron á hacer, cuyo celebrado *donjon* motivó, que algunos chuscos aseguraran muy formalmente haber oído decir á dicho General que sería el último defensor de la plaza, y que, allí en su obra, con un trompeta al lado, un pedazo de pan en una mano y un jarro de agua en la otra, trataría con el enemigo para que lo dejara salir con todos los honores de la guerra.

Como Hernández tenía manos y pies enormes, componía versos satíricos, era valiente, tiraba bien la espada, en cierto tiempo usó lentes enormes por estar enfermo de los ojos y se nombraba Francisco, algunos de sus compañeros le llamaban Don Francisco de Quedo, lo cual se hizo general. Lejos de enojarse por esto, rió mucho y dió las gracias por el *honor* que dijo *se le hacía*, y en el acto *se metió* él mismo en sus esdrújulos. Escusado es decir que su buen humor y las bellas cualidades que hemos dicho, lo hacía muy apreciable para todos.

#### *El Teniente Coronel Bernardo Smith.*

El Teniente Coronel Bernardo Smith, era hijo de México; pero cruzado de sangre americana y mexicana. Su padre era americano y descendiente del Capitán Smith que se casó con la india Pocahontas, durante el establecimiento de los Puritanos en América. El Teniente Coronel Smith había hecho sus estudios en el Colegio Militar de Chapultepec en los años de 1853 á 56 que salió de allí para darse de alta en el Ejército. Bravo, más que bravo, temerario, tenía no obstante un carácter dulce, benévolo, caritativo, y no podía ver

la desgracia en cualquiera persona, sin ir inmediatamente en su auxilio, conmovido y bondadoso, hasta causarle mal y preocuparle la miseria ajena.

Hábil en el manejo de las armas, con su naturaleza vigorosa, y su talla gigantesca y viril, era temible en el combate, á cuyo fragor y peligrosa mezcla se lanzaba impetuoso é irresistible. Su natural índole inclinada al bien y á la compasión, después del combate era magnánimo con los vencidos. En el Colegio era muy querido por esas cualidades.

Smith leía con frecuencia; su memoria le hacía asimilarse con facilidad lo que había aprendido en los libros. Su favorito era Eugenio Peletan, y sabía al pié de la letra la "Profesión de Fé del Siglo XIX," que por cierto nos sacaba continuamente á colación.

#### *Día 27 de Marzo.*

El enemigo ha acabado de construir su *tercera paralela*, que está como se ha dicho, á unos 120 metros del saliente del baluarte de la izquierda, y ha hecho también tres baterías en la segunda paralela, uniendo por la derecha la tercera con los baños del Paseo. También se nota, que partiendo de la tercera paralela, dirige una doble zapa hacia el baluarte, lo cual no se puede impedir, tanto porque los tiradores de sus paralelas segunda y tercera no permiten ya dirigir fuegos del fuerte, como porque su artillería no cesa de tirar. Sólo unos cuantos tiradores nuestros, y escogidos del 6º de Guanajuato, otros del 2º desde San Javier, y los de la Legión del Norte que está á las órdenes del Comandante Martínez, de los Capitanes Braulio Garza

y Gerónimo Treviño y del Teniente Francisco Naranjo, hacen fuego muy certero, con mucho riesgo, desde las ruinas de la Penitenciaría. Imposible parece que estos bravos tiradores de la Legión puedan permanecer en la Penitenciaría, pues están sumamente espuestos al cañón y á la fusilería enemiga.

El efecto del cañoneo y bombardeo sobre el fuerte es tremendo y todo está despedazado, barrido, y literalmente inhabitable, pues lo repuesto en la noche con mil trabajos y esponiéndose mucho, es deshecho en media hora de cañoneo.

El personal y el material de las dos baterías que están en el fuerte, han sufrido grandes bajas.

El Teniente Coronel de Ingenieros Emilio Rodríguez comienza á aspillerar toda la parte alta del edificio de San Javier, y yo la parte baja, haciendo entre otras obras un pequeño parapeto con tronera en la puerta de entrada entre la Penitenciaría y el edificio de San Javier, poniendo allí un obús de montaña.

En vista del estado que guarda el fuerte, reunió el Teniente Coronel Smith á los Tenientes Coroneles, Montesinos, del 6º de Guanajuato; Rosado, del 2º; Rodríguez y Troncoso, de ingenieros, y al Capitán de Artillería Platón Sánchez, á fin de informarse del estado de defensa en que se encontraba el fuerte, y el grado y tiempo más de defensa de que era susceptible. Todos informaron y convinieron, que haciendo un grandísimo esfuerzo y teniendo preparadas las reservas, el fuerte podía sostenerse, á lo más, 24 horas. El Teniente Coronel Smith, que opinó lo mismo, dió parte al General Jefe de la línea y al General en Jefe. A poco se presentaron en el fuerte, enviados por éste, el Gral. Paz, Comandante de la artillería, el Gral. Colombres y el

Teniente Coronel Lalanne, Ayudantes del General en Jefe. Todos opinaron como los jefes de la guarnición de San Javier. El Gral. Paz dió orden de que en la noche se retiraran los cañones de Sitio, siendo reemplazados por de batalla y montaña, pues aquéllos ya no eran útiles, y de día no podían retirarse. Se convino, á propuesta de Rodríguez y de Troncoso, en establecer fogatas en todos los pasos y entradas del edificio de San Javier. El Gral. Paz dijo que iba á dar inmediatamente la orden para que se aumentaran los cañones de la tenaza de Morelos, y se colocaran algunos en la Plaza de Toros y calles adyacentes, así como que, en el fuerte de Santa Anita, se pusieran en el frente que vé á San Javier, todos los cañones posibles. Se convino, además, en ocupar con un batallón el templo y casas anexas de Guadalupita.

El General en Jefe con el Jefe de la línea y los Generales Paz y Colombres, llegó al fuerte en la noche, visitó todo, y aprobó lo dispuesto; pero dijo que se necesitaba que, decididamente el fuerte resistiera hasta el día 28 en la tarde, para dar tiempo á que se acabara la fortificación de la línea de manzanas detrás del frente del Paseo, agregando, que pondría listas en esa misma noche todas las reservas precisas, tanto de infantería como de artillería. Los Jefes del fuerte prometieron resistir un día más, por lo cual elogió calurosamente á todos los que componían la guarnición del fuerte, y dirigió particularmente al Jefe de él, á los de los batallones, á los de ingenieros y al de artillería, las palabras más lisonjeras, diciéndoles al despedirse: *confío en ustedes*. Los Jefes de la guarnición repitieron su ofrecimiento de resistir un día más.

El Teniente Coronel de Ingenieros, Sánchez Ochoa,

aunque enfermo aún de una pierna á resultas de una caída del caballo, llegó al fuerte en la tarde, y fué de opinión, que no sólo se minaran las comunicaciones interiores y la entrada, sino también toda la parte exterior del edificio de la Penitenciaría por donde tendrían que pasar los franceses, y además, hacer una gran mina en el baluarte atacado. Se le dijo que esto ya no era posible, pero él se empeñó en ello. De las fogatas exteriores al edificio, aunque había un riesgo grandísimo, se encargaron los Capitanes Hernández y Ramiro, y de la mina el mismo Teniente Coronel Sánchez Ochoa; pero fué imposible establecer ni una ni otras, porque vistos ó sentidos por el enemigo, tuvimos numerosísimas bajas en la tropa que trabajaba y hubo que desistir del intento, lográndose solamente en la noche, así como en la inmediata, poner las once fogatas de bombas, previstas desde antes, para darles fuego con piolas.

Llegando las paralelas enemigas hasta los baños del Paseo, y teniendo además muchos tiradores en el pueblo de Santiago, no era posible el paso entre San Javier y las primeras manzanas de la ciudad. El Teniente Coronel Troncoso con el pequeño 2º Batallón de Morelia, del cual era Jefe el Teniente Coronel Juan Moreno, comenzó en la noche un foso de comunicación entre dichos puntos, que ya sirvió al amanecer, aunque no estaba acabado.

En el día de ayer, como á las cuatro y media de la tarde, cayó una bomba en la luneta que cubre la entrada de San Javier, del lado de la Plaza. Un centinela llamado Julian Hinojosa, perteneciente al 2º de Guanajuato, vió caer la bomba á cinco ó seis pasos de su puesto, y en lugar de ponerse en salvo detrás del para-

peto, secuadró, echó armas al hombro, y quedó mirando la bomba con la mayor serenidad. La bomba estalló y el centinela quedó envuelto en humo y polvo. En el acto se oyó que gritaba:

—¡Cabo de cuarto, otro fusil!

Era que él había salido ileso, pero un casco de la bomba le había partido en dos su fusil. El cabo se presenta y el centinela le dice:

—*El enemigo me ha roto mi fusil.*

—¿Estás herido? le pregunta el cabo.

—No,—responde—*estoy pronto para todo servicio.*

El cabo le da otro fusil con el cual sigue paseándose muy ufano y orgulloso. Esta escena la presenciaron los Tenientes Coroneles Smith, Montesinos, Troncoso, Rosado y Rodríguez, así como otros jefes y oficiales que estaban en ese momento en la puerta de un cuarto, á quince pasos del centinela, pues era la hora de dar el segundo parte del día para transmitirlo al Jefe de la línea y al General en Jefe. El centinela fué relevado y ascendido á sargento. El Teniente Coronel Rosado mandó que se comunicara en la orden del Cuerpo la conducta del centinela Hinojosa, y le regaló un escudo de oro.

A las 5½ de la tarde de hoy el enemigo hace un fuego vivísimo de cañón, al notar que se reponía una parte de los parapetos con sacos á tierra, cesando el fuego vivo á poco, pero continuando muy pausado después, con dos ó tres cañonazos cada media hora hasta las 9 de la noche, en cuyo momento comenzamos los ingenieros á hacer violentamente las reposiciones posibles, bajo el fuego de los tiradores enemigos de la tercera paralela.

El enemigo, casi sin ser molestado, comienza su

cuarta paralela á cincuenta metros del foso, que ya estaba casi lleno con la tierra caída del parapeto. El bombardeo se ha dirigido al fuerte casi todo el día, y algunos ratos sobre la ciudad, siendo destruidas algunas casas. Se aumentan los blindages para cubrir á la tropa de las bombas.

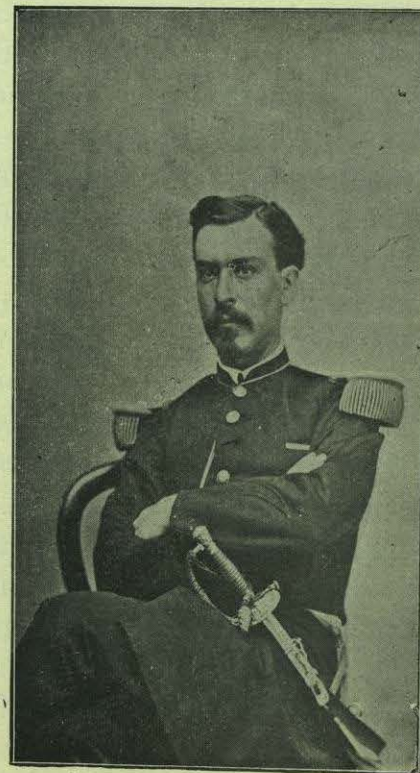
*El Teniente Coronel José Montesinos.*

El Teniente Coronel José Montesinos figura entre los jefes más valientes y simpáticos de la guarnición de Puebla, y podemos también decir que del ejército.

Montesinos es muy joven, pues sólo tiene 26 años. Nacido en Veracruz y educado en México, ha hecho sus estudios militares en el Colegio de Chapultepec, lo mismo que Smith, Rodríguez, Rosado, Troncoso, Sánchez y Hernández, todos de la misma época.

El carácter siempre alegre y festivo de Pepe Montesinos, (como se le llamaba) su arrojo, su desprendimiento para con propios y extraños, y sobre todo su facilidad de palabra y su franqueza, hacen que tenga muchos amigos, y que se le quiera con predilección por los jefes y por sus subalternos.

En el Colegio Militar fué siempre muy querido; decir Pepe Montesinos era lo mismo que decir el centro de un grupo de los mejores alumnos, á quienes daba consejos, regañaba, acariciaba, alababa, gritaba, reía, protegía, y cuando le pedían su opinión, se las daba *clarísimamente*. Por supuesto, que siempre se le escuchaba y se le buscaba con preferencia para consultarle en tantos asuntos tan importantes como tienen los cadetes de los 14 á los 18 años. Montesinos se adelantó á su edad y se hizo notable por su buen juicio.



TENIENTE CORONEL JOSÉ MONTESINOS.  
Jefe del 6º Batallón de Guanajuato.

En su época de subalterno y de Capitán, tuvieron lugar muchos de los acontecimientos más notables de nuestras guerras civiles; en varios de ellos tuvo parte, y grandes rasgos de valor se contaban de Montesinos. Entre otros recordamos el siguiente:

En aquella época, los partidos políticos que se sucedían en el poder, se hacían una guerra constante. Se sorprendían y se tomaban las plazas con atrevidísimos golpes de mano, sin contar más que con algunos jefes y oficiales de los caídos, que arriesgaban el todo por el todo; se atacaban fuerzas numerosas del gobierno existente, disponiendo solamente de pequeñas partidas, etc., etc., y todo esto con la mayor frescura, como si fuera un juego. Montesinos fué invitado una vez (en el año de 1856) por unos jefes de los caídos, de más fama (Miramón, Vélez, etc.) en unión de otros jefes y oficiales, para dar un golpe de mano á una de nuestras ciudades de más población y de mayor guarnición, (Puebla) y la cual interesaba mucho al Gobierno Federal el conservarla. Sólo contaban aquéllos con seis ú ocho oficiales de la guarnición y algunos sargentos, y sin embargo no titubearon en apoderarse de ella. Pepe Montesinos con su hermano Santiago, también oficial, fué de los encargados del arriesgado acto de hacer prisionero en Palacio al Comandante Militar, acompañando á los Coroneles Miramón y Vélez que dirigían el movimiento; los hermanos Montesinos no tenían más armas, cada uno, que una gran pistola de un tiro. Después de media noche, habiéndose apoderado de la guardia del Palacio dichos jefes, y mientras que Miramón iba á sacar atrevidamente á un batallón de su cuartel, y que Vélez quedaba con la guardia y otras pequeñas partidas, mandan á Pepe y á Santiago Mon-

tesinos á que apresen en los altos al Gral. García Conde; suben éstos y penetran hasta la habitación de este Comandante Militar, que estaba durmiendo; despierta azorado y pregunta:

—¿Qué hay?

—Nada, General, dése Ud. por preso; hemos tomado la Plaza, la guarnición es nuestra, estamos pronunciados.

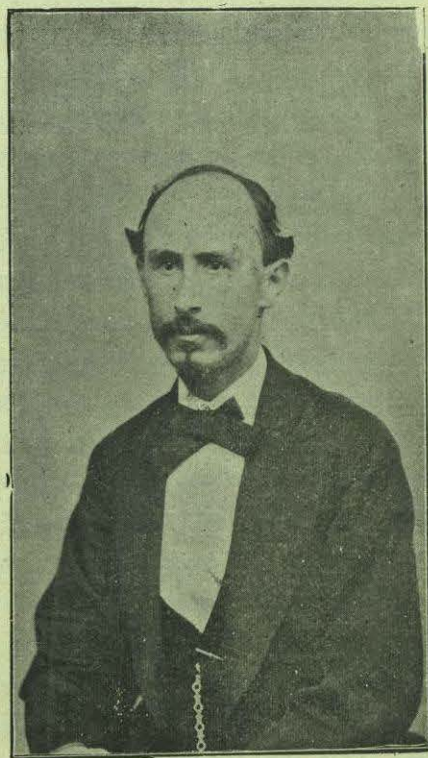
—¿Es decir que estoy entre bandidos? dijo el General al ver las trazas de Pepe y Santiago, que tenían puestos unos zarapes. ¡Humana! ¡Humana! gritaba. (Este Sr. Humana era un buen Coronel, 2º cabo de la Comandancia). ¡Señores, creo que no me asesinarán ustedes!

—¡Calle Ud., ó lo matamos! dijo Santiago apuntándole con el pistolón!

—Vamos, vamos, dijo el General, fijándose á la luz de la vela, en ellos y conociendo quienes eran, creo que han deser Udes. buenos muchachos y me dejarán salir. Por aquí está una escalera excusada que dá á la calle. Si me dejan libre, les daré á Udes. cuanto quieran, luego que llegue á México. Y se dirigió á la puerta, tratando de bajar por aquella escalera.

—¡Si baja Ud. lo fusilo! le gritó Pepe.

—El General retrocedió rabiando de coraje, y temiendo recibir un balazo. Por fin se calmó y esperó, aunque poco pues prontamente subieron Vélez y Miramón, y obligaron al Comandante Militar á que ordenara la entrega de la guarnición de la plaza. Tres cuartos de hora después, se oyó un cañonazo; eso quería decir, no sólo que la artillería había caído en poder del Coronel Vélez, sino también que Miramón tenía ya el batallón que había conquistado atrevidamente,



TENIENTE CORONEL OCTAVIO ROSADO.

Jefe del 2º Batallón de Guanajuato.

y lo llevaba á la Plaza de Armas con la artillería, donde se reunían todas las tropas.

Bien conocidas son las consecuencias de este acto y el Sitio de Puebla, conocido por el nombre del "Sitio de Orihuela."

Como el hecho anterior, había muchos que contar. En aquella época, según hemos dicho, se vieron por una y otra parte de los contendientes, esos golpes de mano, que parecen imposibles por lo audaces.

Montesinos es de una memoria muy feliz y apasionado por la lectura; pero no por pasar el tiempo sino como un deseo insaciable de aprender; siempre escribe mucho sobre lo que lee; como comentador es difícil encontrar uno que se le iguale. Cuanto dinero tiene lo gasta en libros, que no presta sino lo menos posible, porque dice: tengo dos razones poderosas para negar mis libros; la primera, porque no me los vuelven, y la segunda porque que no tengo para reponerlos. Sin embargo de esto, los regala; eso sí, con la solemne promesa por el agraciado, de decir que se los ha vendido, pues prestarlos ó regalarlos eso ¡nunca!

Siempre buen compañero y buen Jefe, es, como Rosado, el ídolo de su Batallón, á quien se tiene, con razón, como uno de los mejores del Cuerpo de ejército de Oriente.

*El Teniente Coronel Octavio Rosado.*

Rosado era un simpático joven de 23 á 24 años, de fisonomía insinuante, y de un valor á toda prueba. Hijo del Estado de Yucatán, había venido al Colegio

Militar de Chapultepec en 1854, haciendo sus estudios hasta salir al ejército al Cuerpo de artillería. De la misma época era Troncoso, Smith, Montesinos, Sánchez, Hernández, Rodríguez, etc. Estos jóvenes Jefes y Oficiales se querían con esa dulce estrechez siempre inquebrantable de los que han pasado los años más felices y á la vez más hermosos de la adolescencia bajo un mismo techo y bajo el régimen militar, que es en el curso de la vida real el que presenta más aliciente para el cariño y para la unión é inseparable amistad. ¡Sólo las almas malas se apartan de estas reglas, y odian á sus compañeros, roídos por sus malas pasiones, y sobre todo, por la envidia!

Rosado era franco, comunicativo y de una serenidad en el peligro, increíble para los años que contaba. Desde el colegio se le había notado ese valor de que en circunstancias temibles dió evidentes pruebas. Un día en el Colegio Militar de Chapultepec estaban formadas las Compañías, haciendo ejercicio de armas. El Coronel D. Miguel M<sup>a</sup> Echeagaray daba la instrucción. Era un buen soldado de historia gloriosa, pero severo con los alumnos, y sin embargo lo estimaban con una respetuosa subordinación. A pesar de esto, los muchachos á veces se olvidan de la disciplina y dan paso á sus expansiones. El Coronel Echeagaray enseñaba con minuciosidad ese día, la monumental y complicada carga en once voces, y con voz gallarda y sonora mandaba: ¡Carga en once voces! ¡uno! ¡dos!.....Sin duda que lo hacían muy mal, y volvió á empezar, diciéndoles: ¡Son ustedes unos burros! ¡Si no fueran caballeros cadetes los mandaríá al calabozo! No bien había acabado de hablar, cuando del silencio profundo en que estaban las filas de alumnos salió un ¡*Miau!*

imitando al gato. El Coronel palidece de ira.....Se adelanta airado al centro de las filas, con los puños cerrados, incándose las uñas en las palmas de las manos, párase repentinamente, y con acento enérgico, manda: “¡*Que dé tres pasos al frente el alumno que me hizo el gato!*” Después del gemido de aquel felino, reinaba un silencio imperturbable, nadie se movía. Los fusiles al hombro, la cabeza levantada etc., aquellos 250 alumnos parecían 250 estatuas. La admiración, el temor de aquellos niños llegó á su colmo, cuando de entre las filas salió un niño, con el fusil firme en la mano izquierda, recto, sin cabecear; dió los tres pasos ordenados, con marcialidad y soltura, y después se paró firme, sin pestañear, correcto como un granadero. El Coronel se le acerca, ¿qué va á suceder? Aquellos noveles soldados esperaban con razón un gran cataclismo, una gran injuria á la portentosa falta gravísima lanzada al segundo Jefe del Colegio..

—“¿Usted es quien me hizo el gato?” le interpela el Coronel, serio, brillando sus ojos como los de un tigre.

—“Sí, mi Coronel,” contesta sin inmutarse y sin perder su firme posición militar.

—Echeagaray calla, reflexiona unos cuantos segundos, y le manda:

“¡Media vuelta! ¡de frente, marchen!” “¡á su puesto!”

Este era el Teniente Coronel Rosado; ingénuo de carácter, no quiso que por él, castigaran á sus compañeros. ¿Pero ocurre preguntar? ¿A quien se debe admirar más, á Rosado, ó al Coronel Echeagaray?

Con su uniforme gris de barras verdes, sereno y altivo en el descanso de la escalera de San Javier, el



día 29, esperaba á su enemigo. Pero como entre los soldados de todas nacionalidades hay esa magia de simpatía, y sobre todo entre jóvenes y jóvenes franceses, oficiales distinguidos cual eran los de los invasores, Rosado fué tratado desde el momento de entregar su espada, con cariñoso compañerismo, propio, muy propio de los alumnos de Saint-Cyr con sus enemigos desgraciados.

Como todos los demás Jefes, Rosado había ascendido á Teniente Coronel siendo tan joven, á fuerza de actos repetidos de valor, y heridas recibidas. En aquella época la campaña era constante, y se batían los militares todos los días.

*Día 28 de Marzo.*

*Pequeña salida de San Javier.*

A las 12 de la noche de ayer se recibe orden superior (no supe de quien) de hacer una pequeña salida contra la tercera y cuarta paralelas por derecha é izquierda llevando poca fuerza (así dijo la orden). ¿Por qué y para qué esta inútil y tardía salida? Refunfuñando Smith, así como Montesinos y Rosado, pues hubieran deseado que la salida hubiera sido con doscientos ó trescientos por cada lado, se nombran 30 hombres del 2º y 30 del 6º de Guanajuato. Smith nos pregunta á Rodríguez y á mí, si saldrán algunos oficiales de ingenieros. Nosotros le respondimos que forzosamente, y que seríamos Troncoso con Hernández por la izquierda, y Rodríguez con Ramiro por la derecha. Lalanne, que según su costumbre, estaba con nosotros, se

empeñó en acompañarnos. La salida se hizo con toda cautela, y contra lo que esperábamos, los de la izquierda no fuimos sentidos hasta que estábamos á unos cuantos pasos, y algunos tocando ya la trinchera, pues la noche estaba oscurísima, y los tiradores solamente á unos cuantos pasos de la paralela. Disparamos nada más un tiro al llegar á dicha trinchera y nos retiramos á la carrera, dejando tendida á la tercera parte de nuestra gente. Si hubiéramos permanecido unos momentos más, no volvemos ni uno. En esta salida, yendo á gatas Lalanne, (como íbamos todos) se encontró con un centinela francés; no sé qué hablaron en voz baja, en francés, pero el caso es que al hacer los disparos los de la trinchera, el centinela le tiró á Chucho, quien como los demás se retiró á la carrera. Se vé, pues, que la seguridad que habían adquirido los franceses, de que nosotros no hacíamos salidas contra sus paralelas, los hizo descuidarse esa noche, no teniendo sus tiradores sino pegados á sus trincheras, y que, si la salida hubiera sido hecha con fuerza mayor, se hubiera logrado clavar algunos cañones.

En esa salida de la izquierda sólo yo fuí el aprovechado, pues mi buena suerte me llevó á una tronera, que toqué ¡oh, suerte! toqué un cestón hecho con alambre. Esto me explicó instantáneamente, por qué los cestones de nuestras troneras eran prontamente destruidos por los proyectiles enemigos y por el rebufo de nuestras piezas, mientras que los del enemigo permanecían intactos á la vista, á pesar de nuestros tiros que los tocaban frecuentemente. En fin, mi susto, pues confieso que lo tuve, y grande, fué compensado por ese descubrimiento que he aprovechado bien. Sólo Chucho Lalanne está de muy mal humor, y sostiene que ha